

Ay gatito

José Amorín Neri



... a gentes rebeldes que se rebelaron contra mí: ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo día

Ezequiel, Cap. 2, vs 3.

... ninguno quedará de ellos, ni de su multitud, ni uno de los suyos: ni habrá quien de ellos se lamente

Ezequiel, Cap. 7, vs 11.

Gatito, no aguanto más a este viejo decrepito ni la repulsiva baba verde que se le escurre de la boca. Me mira el condenado, me mira todo el tiempo; ¿es qué no puede dejar de mirarme? Se nota que está loco, loco grave, gatito. En fin, veré de controlarme: en los hospitales hay de todo y, por favor, cosas peores me han pasado en la vida. Ya es una tranquilidad saber que en pocos días saldré de aquí; lo primero que haré, será correr hasta casa y apenas te vea agarrarte fuerte y apretarte contra mi pecho, bolita de grasa, peladito. Voy a acariciarte y a besarte hasta que te canses y te contaré los cuentos que a tí más te gustan y, por supuesto, también la historia de las siete revoluciones. Te la conté muchas veces ¿No es cierto, gatito? No importa, deberás conocerla a fondo para no cometer los mismos errores que yo. Por ellos es que hoy estamos refugiados en este país, un país que hizo la revolución. Mucho tenemos para aprender aquí. Yo, a pesar de estar viejo y curtido, algo aprendí, un poco, lo bastante como para asegurarte que en cuanto salga del hospital, volveremos para hacer nuestra revolución. En cuestión de meses podremos ver el río y a nuestros hombres dominando las riberas. Y aunque te falten años para alcanzarme la estatura, tu serás mi lugarteniente. ¿Qué te parece, gatito? revolucionario a los cinco años. A esa edad poco más o menos, participé en mi primera batalla: el abuelo me montó a grupas pero yo, aferrado como estaba al co-

rreaje y apretado contra su espalda, no vi casi nada, sólo polvo, un polvo espeso que a duras penas permitía respirar, y la gritería. En el fragor, gato, los gritos no se escuchan, se ven. En cada uno hay un hombre, una imagen: vi a Juan Sosa partiéndole el cráneo a un regular, huérfanas las hijas de Molinari, al Chino Ramírez entregándole el remington a su hijo con el único brazo que le quedaba. Escuchar: nada, ni los cañonazos; recién te das cuenta de ellos cuando te han diezmado y entonces sí oyes, porque ya no los ves, a los regulares, adentrándose en tu tierra, escupiéndote la espalda. Ay, gatito, qué tristeza... pero, justo ahora vengo de recordar: si tu eres más hombre que yo: ni cuatro años tenías cuando tu bautismo de fuego... dios, mi memoria falla, no sé, no puedo concentrarme: quizás no estoy tan bien, todavía me tiemblan las manos y el olor, eso es, nunca me gustó el olor de los hospitales, y en este hay algo pútrido además. De a ratos me asfixia, no me deja pensar. Llamo a las enfermeras, protesto, pido que limpien, pero no me hacen caso: me miran y lo miran al viejo, como si fuera el culpable. Y creo que sí, sí, de él sale, debe estar pudriéndose por dentro, para molestarme: quiere obligarme a decir cosas, o matarme la memoria y yo ¿qué soy sin memoria? ¡Fuera! le grito, y a regañadientes se aparta y se pone a mis espaldas, yo sé; pero si no lo veo me tranquilizo, pienso, y dios: hay recuerdos que no aguanto y volteo la cabeza hacia el viejo y el odio me los borra... ¿Qué

puedo hacer sin memoria? Entonces, cierro los ojos gato, te imagino y la mente se aclara, las ideas se vuelven lúcidas. En el fondo no es más que una mala costumbre mía: cuando algo no me gusta, me olvido. A todos alguna vez les pasa. Odio tener que dar la espalda, como hago con este hombre para que no me asfixie. Y verás, dentro de un mes ya no lo recordaré. No sólo por su presencia repulsiva: recordarlo sería también evocar mi enfermedad, mi debilidad actual, tan injustificable como la que tuve en tu primera batalla. ¡Qué digo! ¿ves como me engaño?: si no fue una batalla, algo menos que una escaramuza fue, apenas una fuga ¿eh gatito? ; aunque poco habrás podido ver con la cerrazón y la lluvia. Cuanto más es lo que podrás recordar. Pudiera ser que al alemán y algo de las canciones con las que te arrulló al terminar la balacera. Gran hombre el alemán, por como ama la tierra merecería haber nacido en ella. Antier vino de visita y me dijo: "mi coronel, me informan que hay dos mil hombres armados esperando su regreso" ¿Se da cuenta, gatito?: dos mil. Los dividiremos en siete escuadras y en un golpe sorpresa arrasamos con los cuarteles del litoral. Me cuentan que algo parecido están haciendo los alemanes en Europa con buenos resultados. Así procederemos nosotros y verás como en horas se levanta la provincia entera. No de a poco, como intentamos tantas veces; todo en un golpe y no habrá fuerza capaz de frenarnos. Gato, me hubiera gustado decírselo al alemán, para animarlo, muy triste se lo veía al hombre. Imposible, imposible, bastantes problemas tuvimos ya con la seguridad: ahí siempre está, sin perderse una palabra, este viejo saliveante y extraño. Vaya uno a saber con quién puede comentar nuestras cosas. No sé, desconfío; y hoy hasta me pregunto si bajo la apariencia de la locura no será un espía. Nada peor podría pasarle a nuestro plan que perder la sorpresa. Quisiera evitarlo, pero a veces no puedo, el pensar que fue una desconsideración de mi general Cárdenas que me lo hayan puesto en la habitación. Yo tendría que estar solo, como corresponde. Pero, hay que reconocerlo, bastante hizo mi general por nosotros: aquí nos trajo por su cuenta y riesgo, y hasta nos dio la casita donde tu estás viviendo. Con ese lindo jardín en el que te gusta jugar con el Peloduro. Mira sino, al mismo Peloduro te lo regaló. Me escuchó llamarte

"gatito", y dijo: "para un gatito nada mejor que tener un perrazo que lo cuide". Y ahí mismo te lo mandó llevar. ¡Qué contento te pusiste, si hasta ronroneabas! Y a Roll, qué gusto le dio: de la satisfacción abrió la boca tan grande como si Alemania ya hubiera ganado la guerra... me dolió, mucho me dolió, no sabes cuánto, haberlo regañado antier. Y conste que nunca, nunca me dió motivos para enojarme con él. No sé qué pudo haberle pasado esta vez: él, siempre tan cuidadoso, tan circunspecto, vino a decirme delante de este viejo que nuestras gentes se habían reorganizado. No lo entiendo. Debería haberlo llevado aparte para preguntarle, pero me ganó el disgusto y le dije: "capitán Roll, por qué mejor no me cuenta del Peloduro y de mi gatito". No tiene un pelo de tonto este muchacho, porque de inmediato bajó la cabeza y yo, que le conozco todos los gestos, entendí que quiso decirme que lo disculpara, que había metido la pata. Me hubiera gustado decírselo, pero tampoco tuve tiempo porque el hombre este que tengo en el cuarto se metió en el medio, se puso a rezongar y no sé qué capacidad tiene de confundirme: debieron haberlo preparado bien porque me escupe verde y yo siento que el limo sube y me tapa, así es el agua del río en verano que larga vapor y la gente se marea, ay gatito, sólo por consideración a esta gente que tan bien nos trata que no le di una patada en el culo. No sé qué pasa, quizás está aquí para probarnos, para ver si merecemos que nos ayuden... cuando era chico me contaban un cuento, ay gatito, la bruma del río todo lo confunde y de repente, sólo veo a este hombre tonteando, persiguiendo a las enfermeras por los pasillos para meterles la mano entre las piernas, y la iniquidad de sus pupilas desafiándome, la pegajosidad de su boca manchándome la cara y las mentiras, lo peor de todo: cómo me provoca este hombre con sus mentiras. No, esto no puede ser cosa de mi general, él nada tuvo que ver con que me lo metieran en el cuarto. En pocos días, apenas salga de aquí, voy a decírselo; no por mí, que yo salgo y el mundo nos espera, sino por él, para que quede advertido que por aquí debe de haber un traidor. Gatito, este es un consejo que te doy: cuídate de los traidores. Pídele al alemán que te cuente cómo nos traicionaron. Yo no quiero ni acordarme, pero lo tengo tan presente como si hubiera ocurrido ayer, ay gatito, qué dolor: sin darnos

cuenta estábamos rodeados, sin que yo me diera cuenta allá quedó tu madre. ¡Qué mujer gatito, cómo la quiero! En el mundo sólo a ti te quiero más. ¿La recuerdas? Aunque seas chiquito tienes que acordarte, después de todo no pasó tanto tiempo, dos años apenas. Además, de la madre hay que acordarse siempre, ni hablar si es como la tuya. Cuando la conocí yo tenía más de cuarenta años; en cambio, ella ni siquiera cumplía los veinte. Alta y morena, más firme que cualquier hombre. Un día me la tropecé en el campamento y desde entonces anduvimos juntos para todos los lados. Coronela, la llaman los muchachos, mi coronela, así le dicen y, tendrías que verlo, con más respeto que a mí. Mi coronela, y tú, mi coronelito. En una batalla algo me extrañó de su uniforme: ¡eras tú que le estabas agrandando la panza! La batalla la perdimos, como casi todas desde el treintaydos en adelante; pero yo estaba feliz, mi coronelito venía en camino. Ya podía, ya puede, pasarme lo que me tenga que pasar: ahí está mi coronelito para rehacer la historia. Los muchachos se acercaban, con los ojos puestos en el vientre que tú distendías, a preguntar: "mi coronela ¿y el coronelito cómo va? ¡Cómo iba a ir!: con nosotros para donde la guerra nos mandara. Jamás nos separamos los tres, jamás hasta esa noche, la de la traición: despertamos con los balazos lloviendo de todas partes. "¡Al muelle, mi coronel!" gritó el alemán, y no me preguntes cómo llegamos al bote porque no lo sé; sólo recuerdo haberme arrodillado en la proa para limpiar la costa con una Thompson. Detrás, el alemán te llevaba agarrado de la cintura mientras disparaba la colt 45 que le regalé cuando lo hice teniente. Y tu madre, después venía tu madre cerrando la marcha. Más que escuchar sentí el machetazo con que cortó las amarras: el bote se inclinó hacia estribor y sobre la correntada salió disparado al medio del río. Si recuerdo haber oído el chapoteo, pero recién me di cuenta que tu madre se había caído cuando volteamos el recodo: un relámpago me mostró su cabellera sobre la orilla. Te juro por dios que nada quise más que volver a buscarla, pero la corriente puso entre nosotros más y más distancia. . . ay, coronelito: si te cuentan que murió no lo creas, bolita de grasa, tiburoncito de la laguna, son mentiras del gobierno para hacernos sufrir, y porque nos tienen miedo: cualquier cosa dicen con tal de tenernos

lejos. Necios, mil veces necios: nada saben de los dos mil hombres que en silencio velan armas y aguardan. Ella vive, gatito, pregúntale al alemán que tú y yo sabemos que no sabe mentir, pregúntale y él te dirá que vive, que todas las noches le pide a dios por nosotros, por ti sobre todo que eres tan frágil y necesitado de esmeros; le pide, claro que le pide que yo sea la madre que te hace falta. Por eso yo, que siempre fui tan hombre, contigo me amaricono un poco y paso el día haciéndote mimos, melindrerías, y te consiento tanto. Te quiero mucho gatito, eres tan parecido a ella que cada vez que te miro y abrazo es como si la estuviera viendo y abrazando. Cuando crezcas, vas a ser lindo como tu madre. Ahora sufro porque estamos separados, unos días nomás; la semana que viene o la otra estaremos nuevamente juntos, jugando en el jardín con el Peloduro que te cuida mucho, igual que el alemán que te quiere como si fueras su hijo, qué alemán este, no sé qué le pasa en estos días que anda tan cabizbajo, tan decaído el hombre. Algo debe de pasarle para que no se dé cuenta de la presencia de este viejo cuando me transmite los informes, saliveándose verduoso el condenado y sin sacarnos los ojos de encima. . . ay coronelito, verá usted: no resulta adecuado que el coronel se queje porque, en última instancia, él es el único responsable de estar aquí. Me enfermó gato, me enfermó. Yo sé que eres muy niño, pero acaso puedas entender, trata de entender. Fue la bebida, me sentía muy solo, imagínate, sin tu madre cómo no voy a sentirme solo. Cuando llega la noche y te llevo a la cama y acomodas tu cabecita en la almohada y me pides que te cante y está todo oscuro, de repente es la voz de tu madre la que me sale de la garganta y la humedad del río atraviesa la ventana, la dulzura del agua, no soy yo, gato, si yo pudiera ser, pero no, la la lá, la voz de tu madre surgiendo de la ribera: "boga, boga el bote, sobre el río va; el niño se ha dormido, hasta dónde llegará. Dormido sobre el río, el niño, niño va; boga, boga el bote, mañana despertará". ¿Ves gato?: tú la recuerdas y te duermes, sonriente te quedas dormido; en cambio, yo comienzo a acumular nostalgias, y por más que me canto y me dejo llevar por las corrientes livianas, el sueño no llega, sólo nostalgias. No llegaba el sueño, no: hasta el fondo de las botellas lo buscaba y sí, en algún momento se me

cerraban los párpados pero era sólo obscuridad, jamás el sueño; bruma, espesa bruma, igual a la que se levanta del río en verano y boga, boga el bote, su voz, el sol hiriéndome los ojos, tu voz que me desgarraba el alma, no podía dormir coronelito, ni despertarme si no volvía a la botella. . . ay gatito, hizo bien mi general Cárdenas en traerme aquí. Fue concreto, como debe serlo un hombre de experiencia y cojones: "coronel, un revolucionario como usted no puede dejarse dominar por el infortunio, no un hombre al cual su pueblo necesita". Así dijo, y tiene razón. Un gran hombre mi general, un revolucionario. Y ya estoy mejor, gato, mucho mejor: nada de alcohol y en las noches de un tirón, y hasta siesta puedo hacer. Como te dije, cuestión de días mi gatito, mi ronrón, generalito del río, renacuajo. ¿Ves que cosas lindas te digo? Hasta hace pocos años yo no sabía decir estas cosas; tú me enseñaste y ahora me gusta, me gusta mucho decírtelas. Cuestión de días, no más de quince ¿qué son dos semanas?, y te las susurraré en la orejita. Y dejémoslo al alemán que se carcajee con lo que nosotros nos decimos. De envidioso se ríe, porque sabe que tú vas a ser mi lugarteniente. Quédate tranquilo: te va a dar tu lugar, te va a dejar paso, ¡hombre! si te quiere como a un hijo. Es que yo a él también lo quiero mucho, como a un hermano

menor, casi como a un hijo ya grande. Y a ti, como lo que eres, mi hijo chiquito, mi consentido, mi regalón. ¿Ves como ya estoy mejor? : tenemos que agradecerle a mi general y a los doctores; y hasta feliz me sentiría si no fuera por el desventurado loco que me pusieron en la habitación. Qué ocurrencia, o qué error: todo el santo día me está encima; hasta cuando voy al cuarto de baño y le doy la espalda, me observa por el espejo del botiquín: los ojos imbéciles, las mejillas flácidas, la babaza escurriéndose por las comisuras de la boca. No aparenta ser más que un pobre loco, un desventurado digno de lástima: al menos eso creí cuando me lo impusieron en esta habitación; ahora, no sé. ¿Será posible que el enemigo esté tan cerca, que nos odie tanto? No sé, coronelito: tal vez su padre se esté poniendo viejo, tal vez usted, pronto, deba ponerse a pensar por los dos. No me falle gatito, no sé, voy a hablar seriamente con mi general, no sé qué hacer, tú cuidate gato, por favor. ¿Sabes que me dijo anoche el desjuiciado?, qué estupidez, sólo un provocador que busca mi locura puede decir algo así. Dijo, haciéndome frente gato, escurriéndome en la cara su saliva verde el condenado, que hace veinte años me pusieron una bomba y fue a ti al que mataron, ay.

